



En la Ciudad de Condal, en mil novecientos treinta y dos, Jorge Orozco Castro publicó su primera novela *Bajo el sol tropical*. En ella se evidencian las valiosas capacidades que, para el género, posee nuestro compatriota.

El relato se inicia en la región del Este por la que serpea, a veces indolente, en ocasiones bravío, el Reventazón en cuya ribera dormitan recuerdos indígenas de profundo interés históricos.

Encontramos a Juan Ventura. El minero del Oeste, convertido en sembrador de bananos en la zona oriental de la República. A su amparo, crece una florecilla de montaña, de talle flexible, de tez sonrosada, dulce en el mirar, resignada en el vivir.

Un muchacho, Luis González, guapo mozo, emprendedor ante las incitaciones de la naturaleza, tímido y receloso cuando debe acercarse a los hombres y a sus engaños, ignora obtener las simpatías más honda de la suave doncella.

Luis se ve obligado a trasladarse a la capital a pedir, a los jefes del Gobierno y a los miembros de la Cámara, leyes que ayuden, en forma efectiva, a los pequeños sembradores de aquellas lejanas tierras.

En la ciudad 'de las mil tentaciones encuentra a la bellísima andaluza, Gloria Cier, estrella de una compañía de zarzuela. Es también sacerdotisa elegante del amor, sabe hacerse pagar bien porque conoce el alma de los hombres, tumba inevitable de las ilusiones femeninas.

Luis cae en los brazos seductores de aquella hembra sin escrúpulos. Hombre del campo, sin malicia de ninguna especie, gasta en ella lo poco que tiene. Allá, la naturaleza femenina también destruye sin piedad la pequeña finca suya.

-Deja volver a mi selvas! -suplica, dolorido, el mancebo ¡Déjame ser bueno entre los míos! La iniciadora sonríe ante aquella declaración de impotencia masculina.

Así como él se derrumba en aquellos amores ingratos, la campesina adorada no sabe resistir, tampoco, a las pecadoras promesas de un don Juan del trópico.

Juan Ventura sabe de la ruina moral de su nieta. En un arranque inesperado trata de defender el honor ya perdido. Da muerte al audaz y afortunado conquistador. Tan fuera de su psicología está ese gesto, que el pobre anciano pierde el juicio. Va por la carretera diciendo una verdad que conmueve: ¡Todos estamos locos!

Elisa, la mancillada mujer, huye. Viene hacia la capital, hacia el vicio que encuentra en la casa acogedora de una celestina, cuarentona, obesa y antipática.

Empieza dos vidas de desventuras. La de ella, perdida entre las pérdidas. La de él, culpable de todo cuanto ha sucedido. Escribió su propio destino y, con el suyo, el de otras muchas personas inocentes.

Toca el libro interesantes aspectos de la vida costarricense. La poca fe en la conciencia nacional. La entrega, voluntaria y paulatina, en manos de extranjeros. La juventud sin orientación alguna. La caridad que se extiende, de preferencia, hacia los extraños, olvidándose de quien más cerca de nuestro corazón está.

Una lucha intensa con la naturaleza enemiga y, lo que más duele, un combate diario y constante con la humanidad, enemiga también. Todo descrito con naturalidad en medio de episodios de interés, intercalados con inteligencia suma.